



Malas
Tierras

JORDI
SIERRA I FABRA



GRAN
ANGULAR

Malas tierras

JORDI SIERRA I FABRA





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: mayo de 2005

Décima edición: agosto de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Edición ejecutiva: Patrycja Jurkowska

Coordinación editorial: Alejandra González

Coordinación de diseño: Marta Mesa

Corrección: Francisco José Carvajal

Cubierta: Julián Muñoz

© Jordi Sierra i Fabra, 1994

www.sierraifabra.com

© Ediciones SM, 2005, 2020

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-451-7

Depósito legal: M-15506-2020

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Escúchame, nena.
Hablo de un sueño.
Tratas de hacerlo real.
Te despiertas por la noche
con auténtico miedo.
Te pasas la vida esperando
un momento que no llega.
No pierdas el tiempo esperando
malas tierras.
Has de vivirlo cada día,
mientras el corazón roto
es el precio que has de pagar.
Siempre empujando hasta que lo entiendan
y estas malas tierras empiecen a tratarnos bien.

Badlands (Malas tierras),
BRUCE SPRINGSTEEN

PRÓLOGO

El televisor, encendido pero ignorado, funcionando sin ser oído, lanzaba un torrente de imágenes y sonidos sobre la mesa y compartía desde lejos la compañía del pan y del agua, de la ensalada y la sopa, de la carne para él y el pescado para ella, amén del plato vacío que esperaba al otro lado la presencia de un comensal. Las noticias, disparadas con el vértigo de la inmediatez, pasaban de la actualidad al olvido en escasos segundos, recitadas primero por el presentador o la presentadora, dos rostros impassibles, y plasmadas después en imágenes veloces y siempre lejanas. Un terremoto, un accidente de aviación, un bombardeo con misiles, un enésimo incumplimiento del alto al fuego en la guerra de...

La muerte en directo.

–Y ahora unos instantes de publicidad antes de pasar a nuestro siguiente bloque informativo.

Desaparecieron de la pantalla los rostros de la guerra, el hambre, la desesperación o el miedo y ocuparon su lugar las sonrisas sanas de los hombres del futuro, los cuerpos esbeltos de las mujeres reto, las fuerzas naturales de los chicos y chicas del día.

El televisor se convirtió en una caja mágica: bastaba alargar la mano para poder tocar y atrapar casi todo.

–Llega tarde –dijo el hombre.

–Está muy liada, Ramón. Si no para. Si comiera fuera, como Berta. Pero al menos viene a casa, no te quejes.

–Si no me quejo, Elisa –protestó él sin convicción.

La mujer le sirvió agua en cuanto él apuró su último sorbo. El televisor hablaba de un paraíso reservado para unos pocos elegidos. Bastaba abrir la puerta de un coche maravilloso y entrar en él. Desde el interior del vehículo, el mundo era distinto. Los ojos del hombre se encontraron con aquella visión de ensueño: palmeras, aguas verdes, playas blancas. Cuando compró su primer

Seiscientos, solo encontró dentro la responsabilidad de pagar un montón de letras.

El último mensaje atrapó la atención de ambos y, en el silencio del comedor, los dos vieron y escucharon la continuación del informativo. El rostro del presentador, nuevamente impasible, contrastó con la gravedad de su voz al anunciar:

–Una niña, María de los Ángeles Serrano Ruiz, morirá en las próximas veinticuatro horas si no se consigue antes un corazón que le salve la vida. La noticia, desgraciadamente habitual por la falta de donantes de órganos, nos llega con todo su dramatismo desde la quinta planta del hospital Gregorio Marañón de Madrid, donde los padres de la joven, de dieciséis años de edad, acaban de hacer este llamamiento.

El presentador desapareció de la pantalla, para ceder el puesto a una pareja de mediana edad. Los ojos de él, perdidos en el vacío, reflejaban pesimismo, abatimiento y desesperación. Los de ella, que miraban directamente a la cámara y apenas lograban controlar las lágrimas, la esperanza inquebrantable de su fuerza maternal.

En el comedor, el hombre dejó de masticar. La mujer abortó su gesto de levantarse.

–Solo les pido la... la vida de mi hija –comenzó la madre de la enferma–. No la conocen, pero sí conocen a sus hijos, o a otros hijos, y no hace falta que les diga que ella es toda nuestra vida. Por favor..., ese corazón que quizá vayan a enterrar mañana podría salvar hoy la vida de nuestra hija. No dejen que se pudra en una tumba. Permitan que siga latiendo en un cuerpo lleno de vida. Por favor...

No pudo seguir hablando. La cámara no se cebó en su desfallecimiento: la patética imagen fue sustituida por una locutora que, micrófono en mano, se disponía a hablar desde la puerta del hospital.

–¡Jesús! –exclamó la mujer hundiéndose en su silla de comedor. El marido no hizo ningún comentario.

–Mañana a esta hora –anunció la locutora–, María podría estar muerta, o viva si en las próximas horas se encuentra un donante. Es la cara y la cruz de una situación por desgracia habitual. Aquí, en el Gregorio Marañón, todo está a punto por si en algún lugar de España, o incluso del extranjero, alguien dona un corazón como el que necesita María, cuya enfermedad hace muy difícil...

Mientras la fotografía de la enferma, sonriente pese a su aspecto demacrado, ocupaba la pantalla, la locutora habló de las características de su dolencia, de la petición cursada a los distintos centros hospitalarios del país, y de la forma en que se llevaría el corazón a Madrid si se encontraba un donante idóneo. Un aluvión de informaciones médicas y de términos técnicos difuminó el primer impacto de la noticia.

–¡Qué triste! –comentó la mujer sacudiendo la cabeza.

–¡Pobres padres...! –suspiró el marido.

–No sé cómo no hay más donaciones.

–Vamos, Elisa, ya sabes cómo funciona la gente.

Un médico hablaba de la problemática de los trasplantes, del descenso de donaciones debido, principalmente, a la menor mortalidad por accidentes de tráfico desde la entrada en vigor de las nuevas normas de circulación.

La paradoja.

–Es increíble –dijo el hombre.

En ese momento se escuchó el ruido de una puerta que se abría. La mujer se levantó y fue en busca de la comida guardada en la cocina, y el hombre se olvidó de la televisión y de sus noticias. Y volvieron ambos a su realidad cotidiana.

–Ya era hora –gruñó él.

–¡Cómo eres, Ramón! –protestó ella.

Unos pasos llenos de energía se aproximaron al comedor.

–¡Hola, familia, ya estoy aquí! –anunció una voz juvenil.

El presentador del informativo hablaba de la crisis mundial y de los esfuerzos de los siete países más desarrollados para afrontar sus consecuencias mediante una estrategia común y un esfuerzo global.

En alguna parte, alguien debía de escucharle.

PRIMERA PARTE
EL CONCIERTO

Se precipitó sobre el teléfono en cuanto oyó la primera señal, y cogió el auricular con la mano izquierda casi en el instante en que iba a sonar el segundo zumbido. Presintió que la llamada era para ella y se dejó caer en la butaca para hablar cómodamente y sin problemas el tiempo que fuera necesario. En tono cantarín anunció:

–Mujer feliz al aparato. ¿Con quién hablo?

–Vaya, ya veo que estás como siempre –exclamó al otro lado del hilo telefónico otra voz femenina.

Primero vaciló, pese a haberla reconocido. Después pronunció su nombre.

–¡Paula!

–¡Hola, trasto! ¿Qué haces?

Era una alegría, casi un buen augurio. Un año ya sin apenas contacto después de haber estado tan unidas en BUP y en COU, hasta la dichosa selectividad. Ella vivía fuera de Barcelona, y como habían elegido carreras distintas... A veces Cati la echaba de menos.

–Pero ¡qué sorpresa! ¿Qué es de tu vida?

–Ya ves, estudiando, lo mismo que tú, supongo.

–Supones bien –dijo Cati suspirando–. Esto ya no es como antes. ¿Dónde te metes, tía?

–Eso tú. También tú podías haber llamado, ¿no?

Era imperdonable, pero por parte de las dos. Claro que lo mismo le había sucedido al terminar EGB. Los amigos y las amigas pasaban, desaparecían, cada cual tiraba por su lado al empezar otra cosa y encontrarse con nuevos amigos.

–Venga. Tenemos que vernos, ¿vale? En cuanto pasen los exámenes quedamos.

–De acuerdo –aceptó Paula–. Así te presentaré a mi novio.

–¿No me digas que...?

–Te digo, te digo.

–¡Qué barbaridad! ¿Qué os da a todas últimamente? Mi hermana pequeña también se ha liado este año, y acaba de cumplir los diecisiete.

–Es que tú siempre fuiste muy independiente, Cati, pero las débiles como yo...

–¡Anda, no te enrolles! –la cortó Cati riendo–. Desde luego... Pero cuenta, cuenta. ¿Cómo ha sido? ¿Cómo es?

–Ah, no, por teléfono no, que te vas a creer que es Tom Cruise. ¿Cuándo terminas los exámenes? Supongo que a finales de junio o a primeros de julio, como yo.

–Tres semanas, sí –se estremeció Cati hundiéndose aún más en la butaca–. Estoy aterrada.

–¿Tú? ¡No me hagas reír, señorita notables! ¡Seguro que apruebas todo a la primera!

–De momento ya tengo un cate seguro.

–¡No! Aún va a resultar que eres humana.

–No lo sé, querida. Pero tú eres tan animal que cuando acabe veterinaria te atenderé gratis el resto de tus días.

Rieron abiertamente y tardaron unos segundos en recobrar la serenidad. Fue Paula la que reemprendió la conversación.

–¿Qué estabas haciendo? ¿Estudiar?

–No –respondió Cati–. Esta noche voy al concierto de Springsteen. Mañana y pasado sí que no me moveré de los libros.

–¿Con quién vas? –se interesó su amiga.

–Con amigos. Toni, Cristo y Lali.

–¿Alguno...?

–¡Por mi parte no! Pero son los únicos a los que les va el rollo y que están tan locos como yo por la música. Bueno... –cambió de tono al decir–: Ellos sí tienen interés por mí, según parece.

–¿Qué tal son?

–Toni tiene veinte años. Se va el lunes a la mili, el pobre. Está hecho polvo. Su padre es militar, y él pacifista. ¿Cómo lo ves? Cristo tiene uno más que yo, diecinueve, y toca la guitarra. Quiere ser músico. Son muy majetes, en serio. Por eso estamos locos por ver al Boss.

–No sé cómo puede gustarte Springsteen.

–Me gusta la música, no precisamente él.

–Ya, pero es tan mayor...

–¡Qué poco entiendes, tía! ¿Por qué te han gustado siempre los chicos cromo? ¡Apuesto a que tu chico sí es un Tom Cruise!

–Está bien, te lo contaré –manifestó Paula con un deje de ansiedad en la voz–. Así estarás preparada para cuando te lo presente. ¿Tom Cruise dices? ¡Ese es un cateto en comparación con mi Quique! Mira, para que te hagas una idea...

Cati se arrellanó aún más en la butaca. Intuía que aquella iba a ser una conversación larga, muy larga o, por mejor decir, un extenso monólogo. Y no le importaba: todavía faltaba mucho para la hora del concierto.